





ESCRIBE:
Víctor
Manuel
Muñoz

Fernando de la Lastra

En dos días más se cumple un año de su muerte. Fue significativo que ella ocurriera en la fecha en que celebramos la Fiesta de la Raza. Porque Fernando de la Lastra, por encima de sus insignes méritos como escritor, fue un hombre de raza. Fue un auténtico señor. Como lo recalcará uno de sus amigos en esa mañana de sol, bajo los árboles, cuando despedíamos sus restos, perteneció efectivamente a esa clase especial, la del señor del espíritu que no se arredra ante ningún desafío de lo contingente material, encarnación viva de una cultura, que es el caballero.

Lo fue, claro, por estirpe, y especialmente por disposición interior. En su trato, en su conversación, en sus actitudes y a través de su pluma mostró a quienes lo conocieron lo que tenía en lo íntimo de su ser: la nobleza de alma y la tradición señorial chilena, ese sello de discreción y sencillez propio de los privilegiados, de los sabios y de los auténticamente cultos.

Lo recuerdo, en aquellos remotos tiempos en que terminábamos el colegio, cuando un grupo de amigos nos reuníamos en esa casona de la calle Dieciocho que él adoraba. Era más reconcentrado de lo que fue en sus últimos años. Quizá en esa época juvenil su tartamudeo importara más que ahora. Pero Fernando siempre aportó su inteligencia, su sabiduría. Las dos cualidades que lo llevaron a enfrentar ese handicap de manera no sólo positiva, sino edificante, a través de una doble vertiente: la sobrenatural ("es un privilegio que Dios me

dio, una prueba que debo enfrentar a diario") y la impagable y sana cuota de humor.

Apenas unos pocos días antes de su muerte había recibido el Premio Alejandro Silva de la Fuente, entregado por la Academia Chilena de la Lengua destacando su buen uso del idioma. En sus palabras de agradecimiento, recordó algunas facetas de aquel hombre de letras y distinguido periodista, de quien, según Fernando, se percibía, en sus dos libros de crónicas, "su amor a la patria y a su pueblo... a la vez que deploraba el lenguaje demagógico, hueco, la frase soez o provocativa, la petulancia, la cursilería y la agresividad mal proyectada". Con razón Fernando destacaba estos rasgos de la personalidad de don Alejandro: es que estas palabras se aplican, al pie de la letra, a nuestro amigo. Y de ahí la responsabilidad que implicaba el premio, recalcada por Fernando: "Escribir mejor con la verdad cada día y con mucha modestia".

Fue lo que hizo durante sus gloriosos últimos años, especialmente en su columna de los jueves en este mismo lugar. No sólo escribía "donosamente", como señalara alguien el día en que fue premiado: escribía magistralmente. Y "con la verdad cada día". Fernando abominaba de la mentira, porque sabía "que es el poder más fuerte del Demonio — el 'padre de la mentira', como lo llama la Escritura —, porque es la que engendra la hipocresía, la deslealtad, la injusticia y la besteria... Y la sutiquería, que no es más que otra forma disfrazada de mentira, de pretender ser lo que no se es": algo tan recurrente en nuestra patria".

Un día se autodefinió como "un momio retrógrado, neurótico e inadaptado". Pero, justamente por tener esas características, "sucede que me encanta regar personalmente el jardín". Agregaba. Jamás voy a olvidar ese magistral artículo suyo, "Desde mi casa idiota...". Ahí escribía: "Ahora estamos inmersos en cierta cultura del mármol italiano, de los espejos, del vidrio polarizado, del riesgo computarizado, en fin, de los estilos innominados". Tanto adelanto lo dejaba "turulato". Y llegaba a la inevitable conclusión: "Mi casa es absolutamente idiota: no tiene portón automático, ni Doberman, ni alarmas, ni teléfonos celulares, ni hornos microondas, ni fax, ni computador, ni generador eléctrico, ni TV en circuito cerrado en las cuatro piezas, ni guardián azul, ni jacuzzi, ni piscina térmica, ni helipuerto, ni versace".

Pero a Fernando, por supuesto, de su "casa idiota" no lo sacaría, y no lo sacó, nadie. Porque los adelantos tecnológicos no le interesaban. Es que había cosas demasiado importantes para Fernando. Por eso, concluía, "en mi casa idiota tengo mis libros, mis recuerdos, y lo principal: mi familia y algunos fantasmas".

Los que no tuvieron la suerte de conocerlo tienen ahora una obligación: la de leer sus crónicas de "La Segunda", una recopilación que ya está en marcha. En aquellas está la esencia de un hombre íntegro, sabio y bueno. No es poco en estos tiempos.

La Segunda
10-X-1991. P. 8

DIRECTOR:
Cristián Zegers Arístida

EDITORIA:
Servicios Informativos
Pilar Vergara Taylor

REPRESENTANTE LEGAL:
Jenny Kalka Pratnicki

DIRECCION: REDACCION Y TALLERES
AVDA. SANTA MARIA 5542
FONO 2267048 (Mesa Central)

Fernando de la Lastra [artículo] Víctor Manuel Muñoz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz, Víctor Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fernando de la Lastra [artículo] Víctor Manuel Muñoz. retr

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile